



Bachillerato de Bellas Artes – UNLP

ESPACIO DE PRODUCCIÓN DISCIPLINAR – CIENCIAS SOCIALES

Memoria e historia:

Una reflexión en torno a sus especificidades y posibles relaciones.¹

Introducción

Actualmente se supone que tanto la memoria como la historia constituyen dos formas de acercarse al pasado: sin embargo esta afirmación, lejos de definir sus límites, abrió un debate en torno al significado de dichos términos. En este marco, el presente texto se propone realizar un recorrido crítico sobre la relación conceptual que se establece entre memoria e historia a fin de concretar un análisis explicativo

En este sentido, se busca analizar diferentes textos a fin de lograr acercarnos a las diferentes posiciones esgrimidas por diversos autores en torno a ambos conceptos. Al estar cada trabajo enmarcado en un campo disciplinar particular y ser producto del tratamiento de un tema específico, las conclusiones del presente trabajo están lejos de suponer un cierre. Las conclusiones a las que se arribarán no pretenden, pues, ser más que un balance final en donde se indiquen las diferencias en sus propuestas y los puntos de conexión posibles de ser establecidos entre los diferentes trabajos retomados.

I Relaciones entre memoria e historia: características y posibles conexiones.

La amplitud de temas abordados en el texto *La memoria, la historia, el olvido* de **Paul Ricoeur** puede ser pensado a partir de un eje articulador, un problema en común: la representación en tanto imagen presente de una cosa ausente que tuvo una existencia

¹ Texto elaborado por Guillermina Guillamón para ser usado en el curso EPD- Cs Sociales (BBA-UNLP)

pasada. Asimismo, el autor explicita que en el análisis de la problemática de la representación del pasado priorizará el objetivo de indagar acerca de qué cosa hay recuerdo antes de descifrar quien es aquel que recuerda, de buscar a quién se le debe asignar el acto de recordar.

La relación entre memoria e historia puede pensarse según Paul Ricoeur como una complementariedad: mientras que la representación del recuerdo tiene un vínculo con aquello que sucedió y se ve imposibilitada de garantizar su adecuación, la representación histórica carece de dicho vínculo pero posee elementos que pueden garantizar la verdad de lo representado.

La temporalidad es, pues, aquella que distingue. La problemática que de esto se deriva es que no se puede indagar en torno a la adecuación entre la impresión inicial –el recuerdo- y el acontecimiento pasado –aquello que sucedió-. En este aspecto, solamente la historia posee las herramientas críticas para analizar tales diferencias. Pero tampoco ésta se puede claudicar definitivamente: el historiador dará cuenta/mostrará que ha sucedido un acontecimiento pasado, pero siempre valiéndose de una narración de hechos históricos. Así, si bien existen en la historia criterios de adecuación – esto es, la posibilidad de recurrir a diferentes fuentes y utilizar múltiples metodologías de análisis- el hecho de que se incorporen elementos retóricos, imaginativos y valorativos/subjetivos, sumado a la distancia que existe entre el acontecimiento y la representación histórica, pueden generar sospechas.

Por el contrario, **Maurice Halbwachs** muestra que entre historia y memoria existe una contradicción total. Partiendo de la premisa de que la dimensión social es inherente al trabajo de rememoración – es decir, uno se acuerda en común con otros - la distinción reside en que mientras que la memoria tiene límites irregulares e inciertos, la historia es una, con divisiones fijas e inamovibles, una construcción artificial hecha por otros.

La especificidad de la memoria para Maurice Halbwachs reside en que ésta se debe atribuir a una entidad colectiva -el grupo/sociedad- ya que “para acordarse, necesitamos de otros”. Necesita apoyos exteriores: si no formamos parte de un grupo, la memoria se debilita ya que, tal como se afirmó previamente, para el autor uno nunca recuerda solo. Por lo tanto, el recuerdo no es una impresión que recuerda lo idéntico: tal recuerdo no sólo es imposible de encontrar, sino que es inconcebible como proceso. En efecto, en *La memoria colectiva* se demuestra que la memoria individual siempre se

despliega en un marco social y cada uno se acuerda en común con otros: la dimensión social es inherente al trabajo de rememoración. Así, la memoria es necesariamente plural, multiforme, y se inscribe en la multiplicidad de tiempos sociales y espacios diferenciados en los cuales los sujetos transitan y se apropian.

En consecuencia, memoria individual y memoria colectiva tienen un vínculo íntimo, ambas se penetran mutuamente. Mientras que la primera repara en los individuos que componen un determinado grupo -cuyas memorias individuales suponen la existencia de una memoria colectiva- la segunda hace énfasis en el grupo como tal y concibe la memoria colectiva como memoria de éste, totalmente diferente de las memorias individuales –y hasta por encima de ellas-.

En este sentido, además, ambas memorias se oponen a la historia, en cuanto ésta aspira al conocimiento del pasado y por lo tanto a la universalidad y la unidad de la verdad. La historia comienza cuando termina la tradición, ya que mientras un recuerdo esté vivo es inútil fijarlo por escrito.

En consecuencia, la memoria colectiva se distingue de la historia por dos aspectos. Por un lado, porque es una corriente de pensamiento continuo, un encadenamiento que no tiene nada de artificial, ya que del pasado sólo retiene lo que aun queda vivo de él en el presente o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que lo mantiene. Por el contrario, la historia transmite la idea de que de un periodo a otro todo se renueva. Al situarse por fuera de los grupos y por encima de ellos, no duda en introducir en el curso de los hechos divisiones simples, cuyo lugar se fija de forma inamovible. La memoria colectiva, por el contrario a la historia, no tiene líneas de separación claramente trazadas sino simplemente límites irregulares e inciertos: el presente no se opone al pasado del mismo modo que se distinguen dos periodos históricos vecinos.

Otra diferencia radica en que existen varias memorias colectivas, mientras que cambio hay una sola historia. El hecho de que “La historia puede presentarse como la memoria universal del género humano, pero la memoria universal no existe” (85) indica que el historiador no se sitúa del punto de todos los grupos sociales: lejos de retomar las múltiples percepciones subjetivas del pasado, un historiador pretende ser objetivo, racional e imparcial.

II Influencia de la política en la memoria y la historia: los usos del pasado

En las reflexiones expuestas en el libro *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, **Enzo Traverso** sostiene que aunque memoria e historia nacen de un mismo objeto – el pasado- no por eso poseen la misma jerarquía ni entablan una relación libre de tensiones. Así, si bien la historia nace de la memoria, se libera al poner al pasado en distancia y, posteriormente, al erigir a la memoria como un campo susceptible de ser investigado y problematizado. La historia es, entonces, una puesta en relato, una escritura del pasado según las normas –imperantes y divergentes según el contexto- de la historia. En consecuencia, el autor agrega que la historia “nace de la memoria, de la que es una dimensión: luego, al adoptar una postura auto-reflexiva, transforma la memoria en uno de sus objetos” (21).

Así, la memoria se conjuga siempre en el presente, hecho que a su vez determina su modalidad, es decir, la selección de los acontecimientos-hechos cuyo recuerdo es preciso escuchar, interpretar, reproducir. Se transforma, pues, en una apuesta política y adquiere la forma de una obligación ética: “el deber de la memoria”. Es posible así, comprender por qué al inicio de su texto el autor afirma que en la actualidad la memoria invade el espacio público, se transforma en un objeto de consumo y se produce una “obsesión memorialista”.

Pero para Traverso hay otro problema: la tensión entre memorias débiles y fuertes, siendo éstas aquellas que siempre son visibles. Dado que memoria e historia, lejos de estar tajantemente separadas, establecen una dialéctica continua, de allí surge una relación, privilegiada, según Traverso, entre las memorias fuertes y la escritura de la historia.

La propuesta de reflexionar sobre la dinámica que se establece entre memoria, historia y política realizada por Traverso puede pensarse, también, como uno de los ejes articuladores del trabajo de **Pierre Nora**. Así, en *Los lugares de memoria* el autor afirma que la inexistencia de memoria es aquello que vuelve imperioso construirla a través de la intervención en la misma sociedad. De aquí la funcionalidad de los lugares de memoria: muestran la ausencia de la transmisión de la memoria.

Pero más allá de esa ausencia, la relación que el autor establece entre memoria e historia es una relación de opuestos, de conceptos que -en todos sus aspectos- son antinómicos. Es así que, si bien afirma que la historia nace y se apoya de la memoria, cada una funciona en registros diferentes. Por su parte, la memoria es “llevada por los grupos vivientes y, a este título, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones” (3). Contrariamente, la historia se caracteriza porque deslegitima, anula destruye lo vivido y construye una representación del pasado que, siempre subjetiva e incompleta, se erige objetiva, retrospectiva y justificada en la distancia: tiene una ambición universal, contraria a la singularidad y subjetividad de la memoria. En consecuencia Nora conceptualiza a la historia como un acto de análisis puramente intelectual, laico y, por sobre todo, como un discurso crítico.

Pero, asimismo, es posible pensar una relación entre ambos conceptos: la de una (re)construcción de la memoria según las reglas de la historia. En consecuencia, los lugares de memoria no son más que su exacta concreción: un intento por restituir mediante lugares públicos, sean éstos materiales o simbólicos, un nexo entre los sujetos y la memoria.

Este afán por atesorar cualquier tipo de vestigio fundamentado en nada más que en sí mismo, como fin y no como medio, sin ninguna funcionalidad –al menos inmediatamente- constituye uno de los temas que guían “Reflexiones sobre el olvido” de **Yosef Yerushalmi**. El hilo de su trabajo está, pues, articulado por el problema de qué se debe recordar y qué olvidar y, derivado de ello, la tensión entre el exceso o la falta de memoria.

El recuerdo de un pueblo no sería, pues, otra cosa que un pasado activamente transmitido a las generaciones contemporáneas – en donde, según Yerushalmi, entrarían en acción los “lugares de memoria” propuestos por Pierre Nora- . En contraparte, el olvido deviene cuando no se transmite ese pasado.

Si bien Yerushalmi reconoce que en un primer momento los historiadores no realizaron una ruptura tan abrupta con la memoria, dado que la moldeaba y la restauraba, agrega que, posteriormente, gracias a sus métodos la disciplina histórica pudo practicar un recuerdo más profunda: ahora, todo el pasado puede ser indagado. Es por esto que la

historia no puede responder a aquella pregunta inaugural del texto – a qué recordar y qué olvidar- dado que para ella todo pasado es digno de ser profundizado y publicado.

En consecuencia, el autor afirma que no se puede diferenciar entre aquello que sería un exceso o, por el contrario, una falta de memoria y, en consecuencia, definir lo excesivo y escaso en la investigación histórica. Si bien esta conclusión ya había sido anunciada por Yerushalmi al comienzo de su trabajo – es decir, la incapacidad de definirse a favor de una u otra – termina por decir que el temor al olvido, antes que al exceso de recordar, hace que la historia deba montar guardia : aún cuando se produzca en demasía, guiado por la necesidad de guardarlo todo, sin sentido más que el fetiche mismo por el documento y su consecuencia análisis, es mejor el exceso que la falta de memoria.

A modo de cierre

Lejos de poder ser pensados como conceptos inmóviles y cuya definición se encuentra cerrada, historia y memoria se redefinen constantemente en base a la particularidad de cada disciplina al tiempo que como consecuencia de las necesidades impuestas por el propio devenir socio-político. En este marco, el presente trabajo se propuso realizar un recorrido crítico de un *corpus* bibliográfico que, creemos, da cuenta de las especificidades, sentidos y límites que se establecen entre la memoria y la historia.

En la creencia de que ya no existe una memoria espontánea, la historia asume ese rol y se embarca en una reconstrucción - siempre problemática e incompleta- de lo que ya no es pero que dejó rastros. A partir de estos rastros se intenta reconstruir lo que pudo llegar a suceder y, por sobre todas las cosas, dar cuerpo a un conjunto explicativo. Si bien no puede suplantar a la memoria colectiva, hoy más que nunca, tal lo señala Yerushalmi, subsiste un imperativo casi moral de montar guardia ante el olvido. Pero, de forma complementaria, el historiador no tiene el mandado de estar al servicio de la memoria, sino de crear una historia crítica: esto es aún igual de importante para que la sociedad tome conciencia, enfrente los problemas que tiene con su pasado y construya su identidad. Así, la mediación crítica es aquella que, indiferentemente del campo disciplinar, puede operar para someter al pasado a un examen complejo y realizar un análisis crítico a la memoria, la historia y a la relación siempre dinámica que se establece entre ambas.

Bibliografía

- **Halbwachs**, Maurice. *La memoria colectiva*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011.
- **Nora**, Pierre. *Lieux de Mémoire*. París, Gallimard, 1984.
- **Ricoeur**, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, FCE, 2013.
- **Traverso**, Enzo. *El pasado, Instrucciones de uso. Historia, memoria y política*. Buenos Aires, Prometeo, 2011
- **Yerushalmi**, Yosef. "Reflexiones sobre el olvido" En: Yerushalmi y otros. *Usos del olvido*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.